

comienzos, ha vacilado entre la razón y la fe, entre el derecho y la tradición, entre la libertad y el cesarismo. La reacción y la acción jamás lucharon con tanta fuerza, ni jamás consiguieron un equilibrio mayor, proveniente de su mutua paralización. Por eso Byron es el poeta-siglo. Todas las ideas batallan fuertemente en su conciencia, y de todos los caracteres se reviste su alma. Después de haber pasado, como un poeta antiguo, por las riberas de la Ática, evocando en versos de una forma perfectamente sencilla el espíritu guardado en sus ruinas, entra en Albania y se siente atraído fuertemente por un espectáculo bien contrario á la severidad helénica; por el orientalismo, por la hipérbole, por las costumbres sensuales y las fiestas voluptuosas del Asia. Hieren sus ojos los montañeses de la Albania con las largas botas de cuero bordadas de sedas, los anchos zaragüelles blancos, la faja de colores cargada de aceros damasquinos relucientes de pedrería, la chaqueta y el chaleco de grana bordados en oro, sobre un hombro gruesa borla azul que cae del gorro griego, y sobre el otro la larga escopeta embutida de marfil; bronceado el color por el sol, negros y relucientes los ojos, perfectas facciones; altos de estatura, flexibles de talle, ágiles como los gamos de sus montañas; evocaciones, en fin, de las primeras razas humanas, que llevan en su frente como una señal augusta de su pristina grandeza. El gobernador de aquellas regiones le recibe como saben recibir los gobernadores turcos á los aristócratas ingleses. La hospitalidad de Ali es un continuo encanto para Byron. En pabellón de mármol, por cuyo centro surge murmuradora fuente; sobre cojines mullidos de vistosa seda; teniendo á un lado el pebetero de ámbar y á otro el café y enfrente la larga pipa; al pie de celosías por cuyos áureos enrejados se descubre la viciosa vegetación del Oriente, la palma entrelazada con el ciprés; Byron y Ali departen rodeados de albaneses pintorescamente vestidos, de macedonios con su manto rojo, de flexibles y finos griegos que ostentan sus facciones escultóricas, de negros mutilados, traídos á gran precio desde la Nubia; y mientras á la puerta caracolean, en caballos ligeros como el viento, jinetes de todas las razas asiáticas, precedidos por ruidosas músicas y alegres atambores, desde la alta torre el muezín solitario envía el anuncio de la plegaria, para recordar que Dios y la idea religiosa envuelven, como una atmósfera moral, todas las grandezas del Oriente. Pero la verdadera tierra del poeta era la tierra de Atenas. Allí, fugitivo de las nieblas del Norte, se reconocía en su patria. Los siglos y las cóleras de los hombres han pasado sobre los templos, las estatuas y las columnas; pero todavía el cielo es azul, las colinas escultóricas, los bosques de olivos, de laureles y de lentiscos poéticos y umbríos, como en el tiempo en que los habitaban los dioses; todavía el Himeto destila de sus tomillos la dulce miel con que se regalaban los labios de los poetas, vibrantes de armoniosos cánticos; todavía las mismas abejas que alababa Platón susurran, agitando con sus esmaltadas alas el aire sonoro, y fabrican en los troncos de los árboles los olorosos panales que antes brillaban como oro líquido sobre las aras coronadas de flores; todavía los rayos de Apolo doran con su luz in-

mortal los mármoles de que salían estatuas eternamente bellas, y la voz de los faunos del campo se une con la voz de la sirena que palpita en las hondas; porque, si han pasado los héroes y los genios, si ha muerto el arte, la libertad y la gloria, aún queda viva y fecunda la naturaleza. Este sentimiento religioso por el universo es otro de los caracteres más bellos de la poesía byroniana. Se ve que no es un sentimiento convencional de reflexión, impuesto por una ley estética, á la manera del sentimiento de Goëthe, sino que brota espontáneamente, como un arroyo, de su alma, llena de la vida universal. En este retiro no le faltaron aventuras. Primero encontró en su travesía á la bella Florencia, escapada dos veces á las persecuciones políticas del tiempo. Después en Atenas se apasionó de tres hermosísimas jóvenes griegas, las cuales reusaron toda ofrenda de este corazón demasiado expansivo y universal. Contrajo también amistad con uno de los seres más extraños y menos estudiados del siglo; con lady Esther, Stanhope. Eran el alma del poeta y el alma la maga propias para comprenderse. Si la edad de la dama inglesa y su proverbial fealdad oponía obstáculos á una relación de amor, la exaltación de su carácter y la poesía de la vida preparaban entre ambos estrechas relaciones de amistad. Esta mujer había huído también de las nieblas inglesas, en pos de la luz oriental. Y al salir de Inglaterra había maldecido aquella sociedad artificiosísima, cambiándola por la compañía de las nubes, de las águilas en el círculo misterioso de la vida. Al entrar en las regiones asiáticas, se había despojado de sus creencias protestantes, como la serpiente de la piel. Su Biblia era el universo; su templo de selvas primitivas que exhalan todavía el aliento del Dilubio; su altar el Líbano, donde los profetas hebreos tallaron los gigantes arpas; su habitación las cavernas; sus compañeros los cedros seculares, cuyas profundas raíces absorben la humedad de la tierra, y cuyas altas copas el rayo del cielo; su Dios el indeterminado infinito; su profesión la profecía, como si aun corrieran los tiempos de las Sibilas; sus medios de conocimiento, las adivinanzas y el magnetismo; sus medios de expresión, un estilo nervioso y lleno de imágenes, como el estilo oriental; su único móvil, cierta poesía inquieta, incapaz de exposición, que no pudiendo encarnarse en grandes obras, se encarnaba en acciones maravillosas y en una vida errante; pero el fondo de su carácter era una verdadera, siquier sublime demencia. Si no estoy equivocado, Lamartine encontró á tan extraña mujer también allá en los tiempos para él felices de su viaje á Oriente. Era el momento supremo de su vida y la suprema crisis de su genio. El realista dejaba en Europa sus convicciones aristocráticas, el católico su fe. Una grande aspiración á la felicidad del género humano le henchía el corazón, y otra no menos grande á un panteísmo sentimental, la inteligencia. Así como hay aves, hay genios del crepúsculo. Son como ángeles perdidos entre el cielo y la tierra, con la frente en la luz, con las plantas en la sombra, y que vuelan caprichosamente entre resplandores y entre tinieblas. Así vagaba Lamartine, entonces hermoso,

joven, poeta célebre, con sus *Meditaciones* en la mano, como el testamento de su primera edad, y el corazón y la idea puestos ya en los círculos de otras más dilatadas regiones. Lady Stanhope le anunció que algún día estarían en sus manos los destinos de la patria. Esta mujer hubiera pasado á ser un milagro de previsión y de presentimiento, si su muerte no hubiera descubierto su locura. M. Lescure, que ha escrito una bella é instructiva biografía de Byron, promete estudiar la vida de esta hermana espiritual del poeta, quien, como Byron, dejó á Inglaterra; como Byron, maldijo su sociedad; como Byron, se dió á una doctrina, mezcla informe de fe y de duda; como Byron, unió á un carácter expansivo una melancolía profunda; como Byron, buscó en el sol de las regiones orientales calor para su corazón aterido; y, como Byron, murió en el regazo de la naturaleza.

Pero no solamente anudó estas relaciones, sino que tuvo también el poeta grandes aventuras capaces de exaltar su corazón y su fantasía, esos dobles abismos llenos hasta el borde de su inmenso genio. Imposible leer el pequeño poema *Giaour* sin que el sublime terror trágico, expresado, por atrevidas imágenes, sacuda todos vuestros nervios con sus descargas eléctricas. Era Leiba una de las más hermosas mujeres de los serrallos de Hassán. La flor del granado había teñido sus mejillas; la negra y transparente lava del Etna, encendido aún, había hecho el cristal de sus ojos. Envuelta en su manto de blanca gasa, brillaba como la estrella entre las nubes. Pero tenía un manto más hermoso, aunque negro el manto de sus caballos, que le llegaban hasta aquellos pies, blancos como la nieve virginal, cuando acaba de caer desde la nube sobre los picos de las montañas. Un veneciano la vió y la amó. Su amor fué correspondido, y una felicidad momentánea unió sus cuerpos, como una infinita pasión había unido sus almas. Hassán lo supo. Por las deliciosas riberas griegas, en breve ensenada, desde cuyos bordes se levantan montañas relucientes á los esmaltes de la luz meridional, acaeció espantoso suceso. Una barca llevaba un saco. Dentro del saco iba un cuerpo. El saco y el cuerpo fueron á la más profundo. Pero cuando Hassán volvía de cumplir su castigo, un hombre más rabioso que los tigres de las montañas, le detiene, combate con él y con su gente, hasta arrancarle casi la mano con que sostiene la cimitarra, y luego lo deja revolcándose en su agonía hasta que muere sobre el polvo del camino. Y él implacable va á un convento cristiano, pide un hábito á cambio de riquezas, y sin hacer ningún voto ni practicar ninguna ceremonia, mirando sólo al mar dejano y profiriendo entrecortadas palabras, en que se mezclan el amor y la muerte, pasa sus días, como si fuera un genio del infierno, para cumplir una penitencia. Al fin expira, y sólo pide olvido para su nombre, una cruz de palo para su sepultura. Me engaño, pide también que, si es verdad que los cadáveres arrojados al mar lo dejan para requerir de la tierra una tumba menos tormentosa, pase la desgraciada Leiba sus dedos húmedos sobre la frente de su amante, los pose sobre el corazón encendido, y se acuesta á su lado, y duerma allí; junto á él, sin abandonarlo jamás. Es necesario leerlo para admirarlo. Parece

traducido del árabe por la riqueza de la fantasía y por el atrevimiento de las imágenes. Solamente la elegía final acusa la literatura psicológica del Norte y el carácter normando del poeta. Esta bella leyenda le fué inspirada por varias aventuras. Aquel Alí que tan bondadosamente le recibiera en su palacio, había cosido en doce sacos doce mujeres turcas acusadas de infidelidad y las había arrojado al mar. Ninguna de ellas lanzó una queja. Todas recibieron la muerte con la resignación en el alma y el silencio más profundo; hermosos juguetes del destino, quebrados, como si fueran de vidrio, contra los escollos. Esos casos eran frecuentes. Un noble napolitano, de paso por Janina, se enamoró de una joven turca de diez y seis años. Su amor fué sospechado por la policía. Y los dos amantes fueron sorprendidos en su lecho. La policía apedreó á la turca hasta matarla con el inocente fruto de su amor que llevaba en las entrañas y desterró al italiano á una ciudad apartada, donde murió, no de la peste que había en el aire, sino del dolor que llevaba en el alma. En una escena semejante había sido Byron actor y acaso débese á eso el calor extraordinario con que está escrito el *Giaour*, porque Byron expresaba magistralmente sus personales emociones. Cuentan Moore y Medwin que, estando en Atenas, había sentido el gran poeta una pasión profundísima por hermosa mujer turca. El retiro en que estas mujeres de Turquía viven; el triste abandono en que sus compatriotas las tienen; la necesidad de compartir con muchas otras el amor; la ardiente naturaleza, exaltada por las visiones de la soledad y los sueños de esas fantasías vivísimas que sólo ven el mundo al través de gasas y de rejillas, las dan maravillosa aptitud para sacrificarse á uno de esos amores prohibidos por su ley, más intensos cuanto más peligrosos, y cuyos atractivos se aumentan con las amenazas constantes de muerte que vienen á ser alimento de su infinita pasión, la cual, en sus transportes y en sus delirios, llega hasta buscar la muerte y saborearla, con el goce de manifestar todos los tesoros de un cariño capaz de convertir en una voluptuosidad suprema la suprema agonía, y en suspiro de amor eterno el último suspiro de la vida. Byron, por sus prendas personales, debía inspirar exaltadas pasiones. Algún recuerdo hay de estos amores en aquella figura de Haydée, nunca bastante admirada, y en aquellas noches de loco amor á la luz de las estrellas y al triste cántico de las olas Byron y su amada se veían frecuentemente. Pero, en esto, interrumpió sus relaciones la cuaresma turca, cuyos mandatos són respecto al amor, severísimos. El poeta no se creía obligado á semejante ayuno. Y seguía yendo á ver á su amada. A pesar de todas las precauciones tomadas, su amor fué descubierto. Una tarde se paseaba á caballo por el Circo, seguido de su fuerte escolta de albaneses. En la mitad de la plaza descubrió un grupo de agentes del gobierno que arrastraban á duras penas un grande saco. Un gemido entrecortado, un sollozo amarguísimo, resonó en los aires. La sangre se agolpó á las sienes del joven y un siniestro presentimiento al corazón. Creyó ver, ya con la adivinación pronta de su genio, retorciéndose en el seno de las aguas, entre las agonías de la muerte,

á la hermosa joven que había estrechado tantas veces contra su corazón enamorado. En efecto, llegó. Su aire distinguido, su ademán imperioso, la riqueza del traje, la muchedumbre de su escolta, el influjo del nombre inglés sobre el ánimo de los turcos, detuvieron aquella ejecución, aquel crimen espantoso en el momento mismo en que iba á ser perpetrado por la justicia mahometana, implacable como la fatalidad. El saco se abrió y vióse salir de su seno, pálida como la muerte, á la joven que Byron había amado más que la vida. Allí, en presencia de todos, la arrancó á los verdugos, puso su propio pecho como escudo, sus brazos como defensa, y declaró que morirían unidos. El oficial de gobierno ateniense, ó se apiadó, ó temió. Suspensa la ejecución, fué este acto de clemencia confirmado por el gobernador de Atenas. Pero en una sola condición: que los dos amantes habían de separarse. Desterrada á Tebas, allí murió la infeliz beldad, si no en el fondo del mar, en el fondo del olvido, palideciendo y deshojándose en la ausencia como una flor privada de su savia. De tal auerte cuentan esencialmente esta anécdota Medwin y Moor. Este último se refiere al relato del Marqués de Sligo. Pero según Habkouse, Byron salvó á la joven turca de la muerte, mas no por ser su amada, sino por ser la amada de uno de sus compañeros de viaje ó de sus criados. De todos modos, protagonista, actor, testigo, estas escenas orientales llegaron hasta el fondo de su alma, inspirándole el sublime horror de que está impregnado uno de sus más bellos poemas.

La estancia de Byron en Constantinopla no le inspira las bellas estrofas que su estancia en Grecia. Tocado de su entusiasmo inglés, bastante raro en su temperamento anti-británico, levanta el San Pablo de Jacobo I muy por encima de la Santa Sofía de Constantinopla. Sin embargo, su presencia en los Dardanelos se halla señalada por original aventura que merece contarse. Byron era un diestro nadador. Había heredado la constante afición á este ejercicio de sus predecesores, de sus abuelos, diestros marinos. Su habilidad era tal, que en Venecia le llamaban el pez de Inglaterra. Además, como su genio se perdía por la naturaleza, como su espíritu era profundamente panteísta, creía volver al estado inocente del primitivo Eden, libre de toda defensa contra los elementos propicios y benéficos, sumergiéndose en el fondo de la vida universal y absorbiéndola por todos sus poros, con lo cual se dilataba su corazón hasta lo infinito, como el mismo Océano. Sabida es la tierna escena con que Ovidio ha ilustrado estos célebres lugares. Á un lado están las riberas del Asia. Los dos mundos se miran desde el principio de los tiempos allí cara á cara, se acercan cual si quisieran abrazarse, y casi nunca se comprenden. Es el uno el mundo de lo infinito, de la religión, del despotismo, de la casta, de la fatalidad; es el otro el mundo de lo finito, de la filosofía, de la democracia, de la libertad. Y en aquellas dos riberas había, sin embargo, dos corazones amantes en otros tiempos. Eran Hero y Leandro. Los padres de Hero, para preservarla de esta pasión, habíanla encerrado en fuerte torre levantada sobre una de las orillas, mientras Leandro se consumía de amor en la orilla opuesta. Mas no

existe imposible alguno que no venza el amor. Esta pasión, cuya intensidad salva los tiempos, bien podía salvar el abismo extendido entre Europa y Asia. Cuando la noche venía sobre el Bósforo, cuando la navegación cesaba, cuando los dos centinelas se dormían, Hero colocaba una luz en lo alto de su torre, y Leandro se iba tranquilo á nado, teniendo de guía tal estrella iluminada por el amor. Mil veces lo trajeron las sombras y lo ahuyentó la luz. Mil veces llegó aterido, fatigado, próximo á morir. Pero una mirada de Hero, un suspiro de sus labios lo reanimaban. Mas hubo una noche fatal. El mar traidor callaba y dormía; la luz de Hero centellaba en las sombras. Leandro corría á nado en pos de una palabra de amor. De pronto, el huracán se desata, las olas hierven, el relámpago despide sus siniestros reflejos sobre aquel furor de las aguas rabiosas. Hero conoce que Leandro está en peligro, y se lanza desde la torre al seno de la tormenta. Al día siguiente flotaban juntos dos cadáveres que habían tenido por lecho nupcial la muerte. Byron quiso probar si la expedición de Leandro era posible. Una milla hay apenas de costa á costa. Pero las corrientes son muy fuertes. La primera vez no pudo hacer la resistencia de las aguas. Pero la segunda triunfó. Era poeta en la fantasía, era poeta en el genio, era poeta en la vida; último y sublime representante de las edades artísticas reemplazadas por nuestros tiempos de industrias y de prosa. En todas estas larguísimas expediciones compuso Byron dos cantos de *Childe-Harold* y del *Giaour*. La misma incertidumbre que tenía respecto á sus ideas tenía también respecto á sus obras. Mal juez de sí mismo, estimaba en más el difuso comentario de Horacio que las melancólicas páginas de la *Odisea*, en la cual se ve el espíritu humano dolorido por sus dudas, encorvado bajo el peso de la rica herencia de sus ideas, atravesando el campo-santo de los pueblos muertos, y sintiendo en aquellos montones de petrificados huesos el calor de la vida. Su deseo no reposaba un momento. Desbordando los límites demasiado estrechos concedidos por nuestro organismo á su desarrollo, corría siempre inquieto en busca de nuevas emociones, sin examinar su naturaleza ni su origen, con tal que sacudieran profundamente la sensibilidad. Byron pudo decir, transformando el entimema de Descartes: «siento, luego existo.» No estudiaba las ideas, el Universo, la sociedad, en el fondo de su gabinete, con el frío análisis de Goethe, ayudado por la experiencia de otros genios y por el trabajo de otras edades, no; medía la sociedad por sus propias pasiones, el Universo por sus propios viajes, las ideas por sus propias creencias; expresaba lo que sentía; y llegaba inspirado al arte, no por las sugerencias de su fantasía, sino por la costante acción de su vida. Ver, experimentar, padecer ó gozar, luchar, vivir más que pensar: he ahí el carácter de Byron. Su Evangelio es la acción. En su sentir, la poesía no es el sueño escondido en las profundidades del alma, sino el bajo-relieve grabado en las entrañas de la naturaleza. La tierra, la sociedad, el cielo se reflejarán en las corrientes de esta vida tempestuosa tomando sus propios tintes. Individualista como su raza. lleno del *spleen* que se evapora de las nieblas, aristócrata por educación y por sentimiento;